

# La Unidad Popular y los debates políticos e historiográficos

*The Popular Unity and the political and historiographic debates*

**Rolando Álvarez Vallejos**  
*Universidad de Santiago de Chile*

## Resumen

La conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile contra el gobierno constitucional de Salvador Allende, ocurrido el 11 de septiembre de 1973, fue el marco para que se activara en el país el debate sobre el significado de esta fecha. A nivel político, la discusión se centró en la reaparición de las voces conservadoras que justificaron la asonada golpista. Por su parte, desde el punto de vista historiográfico, se reactivó la pugna sobre el significado de los años de la Unidad Popular. El artículo describe algunos de los ejes de estos debates, reafirmando los importantes avances que se han realizado para refutar las tesis monocausales y anticomunistas de la historiografía conservadora.

Palabras: Unidad Popular; Salvador Allende; historiografía; golpe de Estado.

## Abstract

*The commemoration of the 50th anniversary of the coup d'état in Chile against the constitutional government of Salvador Allende, which took place on September 11, 1973, was the framework for the debate on the meaning of this date to be activated in the country. At the political level, the discussion focused on the reappearance of conservative voices that justified the coup. On the other hand, from the historiographical point of view, the struggle over the meaning of the years of the Popular Unity was reactivated. The article describes some of the aspects of these debates, reaffirming the important advances that have been made to refute the monocausal and anticommunist theses of conservative historiography.*

*Keywords: Popular Unity; Salvador Allende; historiography; coup d'état.*

El año 2003 se conmemoraron en Chile los 50 años del golpe de Estado contra el gobierno encabezado por el presidente Salvador Allende. La agenda pública todavía estaba remecida por el impacto que produjo la detención del general Pinochet en Londres entre fines de 1998 y principios del año 2000. Este inusitado hecho significó cuestionar uno de los pilares de la transición pactada entre la dictadura y la mayor parte de la oposición: la impunidad de Pinochet por su responsabilidad en las brutales violaciones a los derechos humanos durante su extenso mandato. Fue un momento en que la batalla por la memoria sobre la violencia estatal durante la dictadura, superando los intentos gubernamentales de aprobar leyes de «punto final» y consagrar la impunidad de los perpetradores de los crímenes, se amplió para intentar establecer las verdaderas dimensiones de lo ocurrido<sup>[1]</sup>. En todo caso, como lo señaló un historiador chileno, el país estaba lejos de compartir sus visiones sobre el pasado reciente del país. Como era la tónica de la «transición pactada» chilena, los medios de comunicación optaron por mantener un supuesto equilibrio entre los puntos de vista en pugna. Era la versión chilena de la teoría de «los dos demonios» existente en Argentina: «...La historia chilena reciente se nos presentaba algo así como el resultado de un ‘empate histórico y moral’: todos nos equivocamos y la historia tomó entonces un curso trágico, que por cierto ‘todos’ no queremos que se vuelva a repetir»<sup>[2]</sup>.

Frente a esta coyuntura, la historiadora María Angélica Illanes planteó la necesidad que la historiografía entrara al debate

sobre cuál era el proyecto político que las víctimas de las violaciones de los derechos humanos encarnaban. Esta pregunta tenía como objeto llegar a lo que consideraba como el meollo de la polémica sobre el pasado reciente de Chile, basado en «la relación histórica que existió entre el proyecto de cambio de la estructura de la propiedad y el genocidio» que representó el régimen pinochetista<sup>[3]</sup>. Esta «batalla por la memoria», implicaba no solo denunciar los crímenes dictatoriales, sino que «re-escribir y enseñar» el proyecto de sociedad que fue cercenado el 11 de septiembre de 1973.

El año 2023, a 50 años del golpe de Estado, sigue vigente parte fundamental del diagnóstico que reseñamos más arriba. En todo caso es necesario puntualizar algunas diferencias importantes. Nos referimos especialmente al hecho que el contexto de la conmemoración de los 50 años del golpe se produce con un gobierno apoyado por una coalición de centroizquierda a la defensiva, frente a una oposición de ultraderecha envalentonada. Como lo han reconocido historiadores conservadores, esto se ha traducido en que se han escuchado con fuerza las voces de este sector político. Promovidos de manera permanente por la prensa de derecha (monopólica en el país), han logrado imponer una agenda de discusión más centrada en la justificación del golpe de Estado, que en los crímenes de la dictadura y el carácter antidemocrática de esta. Esta situación deja de manifiesto que la «batalla por la memoria histórica» es algo permanente, y no porque en una etapa pareciera haber consenso en torno a consignas como «Verdad y justicia» o «Nunca Más», esto significa que en otras no reaparezcan los discursos que justifican la ruptura democrática y la violación a los derechos humanos.

1.- Steve Stern, «Memorias en construcción: Los retos del pasado presente en Chile, 1989-2011», *Anuario de Escuela de Historia*, 24 (2012), p. 108.

2.- Mario Garcés y Sebastián Leiva, *El golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, Lom Ediciones, 2005, p.9.

3.- María Angélica Illanes, *La batalla de la memoria. Ensayos históricos de nuestro siglo. Chile, 1900-2000*, Santiago, Planeta-Ariel, 2002, pp. 15-16.

Las consecuencias que tuvieron los acontecimientos que se desencadenaron la mañana del 11 de septiembre de 1973 implicaron una bisagra crucial en la historia de Chile. Fue el inicio de un profundo proceso de modernización autoritaria encabezado por la dictadura pinochetista. En su génesis, esta justificó su origen por la supuesta «amenaza marxista» que encarnaba el mandato de Salvador Allende. Al ser aniquiladas prontamente las fuerzas de izquierda, Pinochet optó por fundamentar la perpetuación de su régimen por medio de la adopción de un proyecto económico neoliberal, que buscó destruir las raíces políticas y sociales que habían permitido el triunfo de la Unidad Popular. El legado de la dictadura sería refundar la sociedad chilena<sup>[4]</sup>. En esta línea, Pinochet creó una nueva legislación laboral, que debilitó estructuralmente al mundo sindical en beneficio del sector patronal. También privatizó el sistema de pensiones y las principales empresas estatales (salvo CODELCO, de la gran minería del cobre). Introdujo la lógica de mercado en el sistema universitario, haciendo estructural el problema del acceso a este para los sectores más pobres. Asimismo, fortaleció los gobiernos locales (municipalidades) buscando debilitar la labor social del estado, entregando tareas claves, como la salud y la educación, a entes administrativos que reproducían las inequidades sociales existentes en el país<sup>[5]</sup>.

El fin de la dictadura civil militar chilena, a diferencia de otros casos, no significó un cambio radical del orden establecido por Pinochet. Por el contrario, la denominada «transición pactada» implicó notables rasgos de continuidad entre las etapas de

dictadura y la renaciente democracia. El aspecto más evidente se produjo en relación al modelo económico basado en un capitalismo neoliberal, el que durante los mandatos democráticos no sufrió modificaciones sustanciales, más allá de las «correcciones» en materias sociales que se implementaron durante los 20 años de gobiernos de centroizquierda<sup>[6]</sup>. Por su parte, desde el punto de vista institucional, la permanencia de la Constitución de 1980, aprobada fraudulentamente bajo dictadura, constituyó otro símbolo de la pervivencia del legado pinochetista a 50 años del golpe de Estado. A pesar de las numerosas modificaciones que ha sufrido desde el inicio de la transición pactada, esta carta fundamental representa la continuidad de un aparato jurídico-institucional creado al margen de la legitimidad ciudadana<sup>[7]</sup>. De hecho, su reemplazo se convirtió en la principal fórmula para encauzar por carriles institucionales la sorpresiva revuelta social que experimentó el país a partir del mes de octubre de 2019. La aplastante mayoría que votó el año 2020 en favor de su reemplazo por una nueva constitución creada bajo un régimen democrático, pareció concretar un momento largamente esperado por un segmento de la sociedad chilena. Los sectores desencantados del modelo democrático chileno, neoliberal en lo económico y heredero de Pinochet en lo institucional, parecían ver realizada la aspiración de terminar el legado dictatorial. Sin embargo, los hechos posteriores han reafirmado la fortaleza de las continuidades históricas en Chile. El triunfo de la opción rechazo a la nueva Constitución en septiembre de 2022 y de la ultraderecha en las elecciones de los repre-

4.- Tomás Moulian, *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago, Lom Ediciones, 1997.

5.- Verónica Valdivia et al., *La alcaldización de la política. Los municipios en la dictadura pinochetista*, Santiago, Lom Ediciones, 2012.

6.- Manuel Antonio Garretón, *Neoliberalismo corregido y progresismo limitado. Los gobiernos de la Concertación en Chile, 1990-2010*, Santiago, Editorial ARCIS-FLACSO, 2012.

7.- Julio Pinto (editor), *Las largas sombras de la dictadura: a 30 años del plebiscito*, Santiago, Lom Ediciones, 2019, p. 22.

sentantes del nuevo proceso constituyente en mayo de 2023, demostraron la capacidad de reacción de los sectores conservadores. Estos supieron capitalizar las nuevas inquietudes de la ciudadanía, ligadas a los problemas socioeconómicos de arrastre, la crisis económica vinculada a las consecuencias de la pandemia del Covid-19 y a las problemáticas asociadas al fenómeno de la migración y al incremento de la percepción de inseguridad por la delincuencia.

De esta manera, es preciso tener en cuenta que la conmemoración en Chile de los 50 años del golpe de Estado está lejos de ser una efeméride de interés solo para los especialistas. Ha estado muy presente en la agenda política, marcada por la coyuntura constitucional y el debate sobre cuál o cuáles son las mejores fórmulas para superar la deuda social del modelo económico chileno. Por ello, esta fecha recuerda un quiebre histórico cuya magnitud queda expresada en los polarizados debates políticos e historiográficos que generan en el país. Constituye una fecha emblemática, casi prototípica de aquellos «pasados que no pasan», o como lo resume el historiador galo Henry Rousso, de «un pasado que no está terminado ni concluido, donde el tema de su relato es un ‘aún aquí’»<sup>[8]</sup>.

La coyuntura de los 50 años se ha concentrado en torno a dos tópicos que han marcado la agenda del debate público. Por una parte, el supuesto carácter acríptico de los sectores de izquierda, quienes se negarían a debatir sobre «las causas» del golpe de Estado. Y, por otro lado, muy ligado a lo anterior, sobre las características del proceso de la Unidad Popular y la supuesta existencia de razones que justificarían la asonada golpista del 11 de septiembre de 1973. De esta manera, el escenario se ha trasla-

8.- Henry Rousso, *La última catástrofe. La historia, el presente, lo contemporáneo*, Santiago, Editorial Universitaria, 2018, p.18.

do al campo de los sectores de izquierda, que se han visto a la defensiva ante la arremetida de los partidos políticos, de los medios y de los especialistas conservadores y ultraconservadores.

Paradójicamente, el presidente Gabriel Boric incidió en este rumbo que tomó el debate. En una entrevista televisiva fijó la política del gobierno frente a la conmemoración de los 50 años. En primer lugar, llamó a todos los sectores políticos a llegar a

«un consenso básico de que la defensa de los derechos humanos es irrestricto, sin ningún doble estándar, independiente de quien gobierne. Invito a la sociedad chilena a que estemos de acuerdo con que ninguna diferencia política que tengamos justifica ni el quiebre de la democracia ni la violación de los derechos humanos de quienes piensan distinto»<sup>[9]</sup>.

Esta frase resumía el tradicional emplazamiento a la derecha y a los nostálgicos de la dictadura, aún reacios a condenar de manera tajante el golpe de Estado y los crímenes asociados a este. Por lo tanto, fue una declaración de principios importante, pero carente de novedad, pues constituía un lugar común de los sectores pertenecientes al centro y a la izquierda desde 1990. Por ello, lo más novedoso fue el emplazamiento realizado por el presidente hacia las fuerzas de su propio sector. En efecto, luego de haber repasado a la derecha, a modo de supuesta ecuanimidad, Boric se refirió a los años de la Unidad Popular. Según él,

9.- «Boric: En la izquierda debemos ser capaces de analizar la Unidad Popular no sólo desde lo mítico», en *Cooperativa*, del 4 de junio de 2023, <https://cooperativa.cl/noticias/pais/presidente-boric/boric-en-la-izquierda-debemos-ser-capaces-de-analizar-la-unidad-popular/2023-06-04/221210.html> (consulta: 8 de agosto de 2023).





Allende junto a su comitiva saluda al público durante una visita a Nave Sierra Maestra, en Talcahuano (Foto de Armindo Cardoso, fuente: Biblioteca Nacional de Chile).

«en la medida de que podamos tener ese consenso básico, uno podrá analizar con mayor o menor detalle las circunstancias de la época. Se habla mucho de la Unidad Popular, y vale la pena [decir] que es un período a revisar. Desde la izquierda tenemos que ser capaces de analizarlo con mucho mayor detalle y no solamente desde una perspectiva mítica».

Remató sus declaraciones recomendando dos libros: *Allende y la experiencia chilena: las armas de la política*, del español Joan Garcés, y el del analista de derecha Daniel Mansuy titulado *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular*. Según Boric, «desde dos vertientes distintas, son reflexiones que aportan al debate, que está muy lleno de pasiones, de cuñas y titulares, pero a veces falta hincar un

poquito más el diente»<sup>[10]</sup>. De esta forma, gran parte de la derecha no tuvo problemas en seguir justificando la «necesidad» del golpe de Estado, pero la izquierda apareció en deuda respecto a su papel en el pasado y en la evaluación del gobierno de Salvador Allende. Este planteamiento era, justamente, la tesis central del elogiado ensayo de Mansuy.

Esto se comprobó cuando unos días más tarde, a mediados de junio de 2023, Patricio Fernández, asesor presidencial para la coordinación de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado, realizó una entrevista radial en la que ahondó en la misma línea argumental que el presidente. Consultado sobre el sentido que el gobierno de Boric pretendía lograr al recordar la emblemática fecha, Fernández afirmó:

10.- *Ibid.*

«¿cuál creo yo que es el empeño central que estamos retados a estas alturas? La historia podrá seguir discutiendo por qué sucedió o cuáles fueron las razones o motivaciones del golpe de Estado. Eso lo vemos o vamos a seguir viendo. Lo que uno podría empujar, con todo el ímpetu y con toda la voluntad, es decir: ‘Okey, tú podrás, y los historiadores y los politólogos, podrán discutir por qué y cómo se llegó a eso, pero lo que podríamos intentar acordar es que sucesos posteriores a ese golpe son inaceptables en cualquier pacto civilizatorio’. O sea, si tú aceptas que efectivamente para llevar adelante tus ideas es una posibilidad válida el perseguir con las fuerzas del Estado al que piensa distinto, eliminarlo, suprimirlo, etcétera, la construcción de la convivencia pacífica se vuelve imposible»<sup>[11]</sup>.

Estas declaraciones, realizadas por el principal vocero del ejecutivo en materia de conmemoración de los 50 años del golpe, despertó la indignación del mundo de los derechos humanos. Este, representado por las agrupaciones de los familiares de víctimas de la represión, abogados, dirigentes políticos y numerosas organizaciones sociales, consideraron que Fernández abría espacio a la justificación del golpe de Estado. Por lo demás, recordaron declaraciones anteriores realizadas por el asesor presidencial, en la que señalaba que «apoyar el golpe de Estado en 1973 es algo comprensible —se vivían tiempos de mucha tensión y nadie sabía lo que vendría» (twitter del 5 de octubre de 2019)—. En una carta pública dirigida al presidente Boric, 162 organizacio-

nes de derechos humanos rechazaron los dichos de Fernández, por considerar que nada menos que «el encargado de la conmemoración de estos alevosos hechos no condena el golpe de Estado, restándole valor y desconociendo la relación de causa y efecto entre el golpe de Estado y las violaciones a los derechos humanos, las que solo son explicables por el golpe militar»<sup>[12]</sup>. Para este sector, no era concebible disociar este hecho con la tragedia que trajo para quienes fueron víctimas de la represión. Por estos motivos, exigían la salida de Fernández de su cargo. Además, como lo explicitó la diputada comunista Carmen Hertz —conocida referente del mundo de los derechos humanos—, se deslizó una crítica a que la conmemoración de los 50 años no podía reducirse a «un evento artístico o cultural», por tratarse de «un hecho político de la mayor relevancia»<sup>[13]</sup>.

La posterior renuncia de Patricio Fernández fue lamentada por sectores del oficialismo. Acusaron a lo que indistintamente se denominó como «izquierda radical» o «extrema izquierda» de negarse a la autocritica. En este sentido, el jefe de la bancada de diputados del Partido Socialista afirmó que «en la izquierda debemos hacer una revisión crítica del rol jugado durante el Gobierno de Salvador Allende, algo como lo que aconteció con la renovación socialista a inicios de la década de los 80»<sup>[14]</sup>. Por su parte, la derecha acentuó su

11.- «El escritor Patricio Fernández renuncia como coordinador de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile», *El País*, 5 de julio de 2023, <https://elpais.com/chile/2023-07-05/el-escriptor-patricio-fernandez-renuncia-como-coordinador-de-la-conmemoracion-de-los-50-anos-del-golpe-de-estado-en-chile.html> (consulta: 9 de agosto de 2023).

12.- «Más de un centenar de organizaciones de pro defensa de derechos humanos piden la salida de Patricio Fernández» *BioBiochile.cl*, <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2023/07/03/mas-de-un-centenar-de-agrupaciones-pro-defensa-de-derechos-humanos-piden-salida-de-patricio-fernandez.shtml> (consulta: 9 de agosto de 2023).

13.- «El golpe de Estado en Chile. Un crimen fundacional», *El País*, 6 de julio de 2023, <https://elpais.com/chile/2023-07-06/el-golpe-de-estado-en-chile-un-crimen-fundacional.html> (consulta: 9 de agosto de 2023).

14.- «Oficialismo se divide por renuncia de Fernández»,

campaña anticomunista, acusando al Partido Comunista —parte del oficialismo— de manipular al gobierno y de querer imponer una visión oficial sobre los hechos. En el caso de la Unión Demócrata Independiente (UDI), uno de los principales conglomerados de derecha, fue evidente cómo la polémica suscitada por las declaraciones de Fernández fue funcional a la justificación del golpe de Estado. La UDI rechazaba la renuncia del asesor presidencial, por considerar que «de manera absolutamente legítima decidió abrir el debate respecto a las graves circunstancias y acontecimientos que fueron derivando en un quiebre institucional en nuestro país, y que quedaron expuestos cuando la Cámara de Diputados declaró como ilegítimo el Gobierno de Salvador Allende». En paralelo, algunos de sus principales dirigentes sinceraban posiciones declarando que justificaban el golpe de Estado<sup>[15]</sup>.

Esta polémica dejó instalada la discusión en torno a la supuesta incapacidad e intolerancia de la izquierda para revisar su pasado. Esto en el marco del debate más cómodo para los antiguos partidarios de la dictadura, a saber, la necesidad de revisar el contexto en que se produjo la asonada castrense, tradicional argumento utilizado de manera más o menos oblicuamente para justificar la asonada. Así, es posible

*El Mostrador*, 5 de julio de 2023, <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2023/07/05/oficialismo-se-divide-por-renuncia-de-patricio-fernandez/> (consulta: 9 de agosto de 2023).

15.- «Bancada de diputados UDI ante renuncia de Fernández: 'El Gobierno ha cedido a las presiones del PC'», *El Mostrador*, 5 de julio de 2023, <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2023/07/05/bancada-de-diputados-udi-ante-renuncia-de-fernandez-el-gobierno-ha-cedido-a-las-presiones-del-pc/>; «Diputado Alessandri (UDI) en marco de los 50 años: 'Yo justifico el golpe militar'». *El Mostrador*, 6 de julio de 2023, <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2023/07/06/diputado-alessandri-udi-en-marco-de-los-50-anos-yo-justifico-el-golpe-militar/> (consultas: 9 de agosto de 2023).

apreciar la vigencia del desafío que el año 2003 planteó la historiadora María Angélica Illanes: Comprender la violación de los derechos humanos cometidos durante la dictadura, como expresión del mecanismo político empleado por los sectores conservadores para destruir el proyecto de la Unidad Popular. Como se puede apreciar, el punto de los detractores de la tesis que separa las razones del alzamiento militar contra Salvador Allende con las posteriores violaciones de los derechos humanos no era impedir el debate sobre esta etapa histórica. Por el contrario, buscaba evitar que por la vía de justificar la «necesidad» de la asonada contra el gobernante socialista, se relativizara la política de exterminio de la disidencia implementada por la dictadura. Pero a 50 años del golpe y luego de 33 años del retorno a la democracia en Chile, el peso de «la culpa» de lo ocurrido era nuevamente traspasado a los derrotados y víctimas de los crímenes.

### **La historiografía de la Unidad Popular: ¿El caso de una historia inventada?**

En el contexto del debate público que se ha producido en Chile en torno a la coyuntura de los 50 años del golpe, ha sido permanente la interpelación a la Historia (como disciplina). Recientemente, desde una óptica revisionista, se ha invocado la necesidad de realizar una «revisión descarnada de todos los aspectos que puedan oscurecer o eclipsar a la Unidad Popular». Esto surge a partir de un diagnóstico que plantea que la historiografía de izquierda sería «complaciente» en sus análisis sobre este periodo; constituiría una «historia inventada» de la Unidad Popular, ajena a lo que realmente habrían sido estos años<sup>[16]</sup>.

16.- Jorge Rojas Flores, «La historia (inventada) que queremos: el caso de la Unidad Popular (Chile, 1970-1973)» en Christian Matamoros y Sebastián Neut (coord.), *Nuevas*

De acuerdo con esto, existiría una tendencia a considerar que los años de la UP han sido evaluados básicamente como «años positivos» y que la historiografía conservadora, que la consideraba una vía para crear una «dictadura comunista», tendría pocos seguidores. Además, que los especialistas simpatizantes del proceso no estarían disponibles, supuestamente, a debatir con aquellos que critican aspectos sustanciales de la experiencia allendista, tales como:

«que se trató de un proyecto con visos totalitarios o cuando menos antidemocráticos, que pasó a llevar la legalidad (o algunos aspectos de ella), que no respetó los límites de su propio programa, que buscaba hacer irreversible el proceso, que toleró la violencia de los grupos que lo apoyaban, que violentó a la oposición usando el poder del estado, que intentó concentrar el poder en varias esferas y que nunca descartó el uso de la fuerza»<sup>[17]</sup>.

Al respecto, es necesario realizar algunas puntualizaciones. En primer lugar, los planteamientos de la mirada conservadora sobre este periodo tuvieron un momento fundante a los pocos días de ocurridos los hechos. Exactamente una semana después del 11 de septiembre de 1973, el medio periodístico *El Mercurio* —feroz opositor a Allende— dio a conocer un supuesto «Plan Zeta». Este consistía en la planificación de una acción concertada para descabezar los altos mandos castrenses y asesinar a dirigentes y periodistas de oposición a la Unidad Popular. Se afirmaba que los implicados en el diseño e implementación del plan eran «miles», lo que era funcional a la masiva represión contra los partidarios

del depuesto gobierno. En estricto rigor, la existencia del Plan Zeta era una pieza más dentro del argumento de fondo: El golpe de Estado («pronunciamiento militar», de acuerdo a la jerga de sus partidarios), había sido un movimiento que respondió al clamor popular, que exigía salvar a Chile de la instauración de una dictadura comunista en Chile, similar a los socialismos reales de Europa del Este. En el fondo, era el triunfo de los demócratas contra una izquierda intrínsecamente antidemocrática. Este motivo justificaba la represión con este sector político.

Esta versión fue masivamente difundida por la prensa partidaria de la conjura golpista realizada por el alto mando uniformado. Además, tres publicaciones editadas en esos primeros meses se encargaron de darle un carácter «serio» a las acusaciones. En octubre de 1973, el nuevo régimen publicó *El libro blanco del cambio de gobierno en Chile*. En sus anexos incluía, como pieza clave para sostener sus planteamientos, el texto del supuesto Plan Zeta. En esa misma época, los periodistas Luis Álvarez, Francisco Castillo y Abraham Santibáñez editaron *Septiembre. Martes 11. Auge y caída de Allende*. Por último, en enero de 1974 los periodistas Emilio Filippi y Hernán Millas lanzaron *Chile 70-73. Crónica de una experiencia*. Ambos textos se sostenían en la existencia del Plan Zeta para caracterizar al período de la Unidad Popular y justificar la ruptura democrática en Chile<sup>[18]</sup>. Esta versión satanizada de los hechos se difundió durante los años de la dictadura y fue defendida con mayor o menor énfasis por el mundo de la derecha. 30 años más tarde, el historiador conservador Gonzalo Via Correa, uno de los redactores del mencionado *Libro blanco* to-

*historias de la educación durante la Unidad Popular. Vol. I*, Santiago, Editorial Sole, 2022, p. 231 y 233.

17.- *Id.*, p.233.

18.- Jorge Magasich, «El plan Z que horrorizó a Chile», *Le Monde Diplomatique*, enero 2010, p. 22.



davía planteaba la veracidad del Plan Zeta. Esto a pesar de que Federico Willoughby, designado secretario de prensa de la Junta Militar pocos días después del golpe, reconocía que fue un montaje que formó parte de la guerra psicológica implementada por el régimen<sup>[19]</sup>.

Por otra parte, años más tarde el propio Gonzalo Vial planteó que el golpe de Estado de 1973 fue expresión de una larga decadencia del sistema político chileno, que se tradujo en la pérdida de la «unidad nacional» y condujo a la «inevitable» intervención castrense encabezada por el general Pinochet. Los partidos políticos habrían sido los culpables de horadar la autoridad del poder ejecutivo, considerada por Vial la base del desarrollo institucional chileno. Al no lograr acuerdos programáticos sobre cómo desarrollar la economía, habrían sido los responsables de la crisis. En este sentido, especialmente los partidos de izquierda fueron factores de desquiciamiento del sistema<sup>[20]</sup>.

En este punto, es necesario hacer una primera consideración. La historiografía chilena ha recorrido un largo sendero sobre el examen de la historia del siglo XX del país. Uno de sus principales aportes ha sido responder a las infames deformaciones históricas contenidas en las obras que son tributarias de las tesis que sostienen la existencia del supuesto plan Z. Esto no debe ser considerado una tarea menor por el supuesto hecho que ya nadie las toma en cuenta o que están debidamente desmentidas. Si esto es así, es gracias al enorme esfuerzo colectivo de historiadores e historiadoras que han contribuido a desmontar la satanización del papel de las izquierdas du-

rante el siglo XX chileno<sup>[21]</sup>. Por este motivo, es posible sostener que los especialistas que han investigado los años de la Unidad Popular desde la empatía han desarrollado su trabajo «en diálogo» constante con las afirmaciones provenientes de los sectores conservadores. Un hito fundamental fue responder a la versión criminalizadora y unidimensional sobre la experiencia de la UP, proveniente de la dictadura y recogida por historiadores y periodistas afines.

En otro plano, dos influyentes textos colectivos sobre la Unidad Popular han reivindicado el carácter de «fiesta» del proceso<sup>[22]</sup>. Esta categoría fue acuñada por Tomás Moulian, destacado sociólogo que desarrolló gran parte de su obra en torno al origen y las consecuencias que tuvo la suerte de la Unidad Popular. Según él, esta tuvo una dimensión negativa, fundamentalmente determinada por la feroz dictadura que dio origen. Sin embargo, también tuvo una dimensión festiva. Fue una catarsis después de décadas de privaciones:

«Los trabajadores, expulsaban al ‘pulpo explotador’ y se tomaban la fábrica, sin importarles si ese acto convenía a la racionalidad global del proceso; los campesinos impedían la entrada del patrón hasta las casas del fundo, a veces sin dejarle rescatar siquiera sus tesoros familiares...[la fiesta] adoptaba el carácter de una venganza por años de sufrimiento, silencio e impotencia....no era alegre; tenía la gravedad de los ritos en que el pueblo se asume como juez»<sup>[23]</sup>.

19.- *Ibid.*

20.- Gonzalo Vial, «Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973», *Dimensión Histórica de Chile*, 1 (1984), pp.140-164.

21.- Rolando Álvarez, «La historiografía sobre las izquierdas en Chile: un campo en expansión», *Archivos*, 14 (marzo de 2019), pp. 121-140.

22.- Julio Pinto (compilador), *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2005 y Julio Pinto (editor), *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*, Santiago, Lom Ediciones, 2014.

23.- Tomás Moulian, *La forja de ilusiones: El sistema de*

Pero para Moulian, la fiesta de la Unidad Popular también estuvo representada por la intensidad con que se vivió la dimensión comunitaria de las relaciones sociales; por el despliegue de un intenso compromiso militante, reflejado en una sociedad intensamente movilizadora; por una etapa de plena libertad de expresión, en la que muchos «se sumergieron en las quimeras y en los sueños escatológicos, [y] se creyó poder tomar venganza de tantas humillaciones y de tanta explotación»<sup>[24]</sup>. Es decir, la noción de «fiesta» busca explicar la manera cómo los partidarios de Salvador Allende experimentaron el proceso, tratando de complejizar las subjetividades que este proceso despertó entre la población del país, pero sin idealizar el periodo.

Por este motivo, lejos de la idealización o de la mirada hagiográfica, Moulian reconoce que el proceso allendista tuvo una dimensión de «drama», relacionado con la dura batalla política que caracterizaron los años de la presidencia de Salvador Allende. Y como lo sabe cualquier conocedor de la extensa obra de Moulian, sus consideraciones sobre las posibilidades que la experiencia de la UP hubiese tenido éxito, implican una crítica al papel de las fuerzas de izquierda durante esa época. Según Moulian, la caída de Allende tiene una constelación de razones, entre las cuales ocupa un papel relevante el papel de sus propios partidarios. En primer lugar, señala Moulian, la convivencia de dos proyectos dentro de la Unidad Popular fue clave en su deriva negativa. Uno apostaba a la vía político-institucional para transitar al socialismo, por lo tanto, requería de triunfar en las elecciones parlamentarias y las futuras elecciones

presidenciales. El otro proyecto criticaba la opción anterior por considerarla reformista y, en cambio, proponía el desborde de la institucionalidad y fortalecer el «poder popular» para hacer frente a un enfrentamiento armado que se consideraba inevitable. Al respecto, la conclusión sobre lo que sucedió no es para nada condescendiente. Según él, el empate catastrófico entre ambas posturas produjo que, en la práctica, no se desarrolló una «vía chilena» al socialismo, basada en el uso de las instituciones del estado burgués para poder sustituirlo. Por el contrario, se llevó a cabo «una línea ecléctica que tomaba elementos de una y otra fórmulas», que dio origen a una «mezcolanza...más que una estrategia»<sup>[25]</sup>. En definitiva, Moulian no desconoce que, para algunos grupos sociales, el recuerdo de estos años implica revivir una pesadilla, mientras que para quienes fueron sus partidarios fue una mezcla de «fiesta y drama».

A mediados de la década de 2000 vio la luz *Cuando hicimos historia*. En su presentación, el historiador Julio Pinto —editor del libro— fundamentaba su publicación en base a una consideración historiográfica distinta a las críticas que enunciamos al comienzo de esta sección. Según Pinto, hasta ese momento, se había insistido en el análisis de los errores de la Unidad Popular y los crímenes que se produjeron postgolpe de Estado de 1973. Por este motivo, se afirmaba que «hemos perdido de vista lo que la Unidad Popular tuvo de ‘positividad’ histórica, de esfuerzo vivo y entusiasta por construir una sociedad más humana, más justa y mejor»<sup>[26]</sup>. El contenido de la obra no es una historia militante ni mucho menos. Aborda aspectos del «drama» de la Unidad Popular, como el texto de Julio Pinto sobre

*partidos 1932-1973*, Santiago, ARCIS-Lom Ediciones, 1993, pp.271-272.

24.- *Ibid.*, p.273

25.- *Ibid.*, p.278,

26.- J. Pinto, *Cuando hicimos historia*, p. 5.



Público durante la intervención de Allende en un acto de apoyo a la Unidad Popular, 28 de mayo de 1973 (Foto de Armindo Cardoso, fuente: Biblioteca Nacional de Chile).

las divisiones dentro de la izquierda<sup>[27]</sup> o el de Tomás Moulian respecto a las indefiniciones teóricas de la «vía chilena»<sup>[28]</sup>. Otros son definitivamente iconoclastas, como el referido al movimiento sindical y los cordones industriales, que propone sacar estas temáticas de «la mitología: no fueron ni soviets a la chilena, ni un peligroso ejército paralelo como intentó hacer creer la dictadura»<sup>[29]</sup>. Se deben sumar los aportes de trabajos centrados en el mundo de los pobres de la ciudad («pobladores»), de la cultura y de los cristianos por el socialis-

mo, todas materias abordadas de manera incipiente por los especialistas en esa época<sup>[30]</sup>. Cierra la obra un artículo que aborda materias complejas, como lo fue la relación del gobierno y las fuerzas armadas. A contrapelo de las miradas dominantes en el mundo de la izquierda, la autora describe la existencia de una política militar de Salvador Allende, la que no consistía en armar al pueblo, sino en intentar sumar a los uniformados al proceso<sup>[31]</sup>.

Diez años más tarde se publicó lo que

27.- Julio Pinto, «Hacer la revolución en Chile», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

28.- Tomás Moulian, «La vía chilena al socialismo: Itinerario de la crisis de los discursos estratégicos de la Unidad Popular», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

29.- Franck Gaudichaud, «Construyendo 'poder popular': El movimiento sindical, la CUT y las luchas obreras en el periodo de la Unidad Popular», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*, p.105.

30.- Nos referimos a los artículos de Mario Garcés, «Construyendo 'las poblaciones': El movimiento de pobladores durante la Unidad Popular»; de César Albornoz, «La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente» y de Mario Amorós «La Iglesia que nace del pueblo: Relevancia histórica del Movimiento de Cristianos por el Socialismo», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

31.- Verónica Valdivia, «Todos juntos serenos la historia. Venceremos. Unidad Popular y fuerzas armadas», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

se puede considerar el segundo volumen de esta obra, titulado *Fiesta y drama. Nuevas historias de la Unidad Popular*, cuyo editor fue nuevamente el historiador Julio Pinto. Según se indica en su presentación, los acontecimientos de la historia reciente de Chile, como las masivas movilizaciones estudiantiles y de otros actores sociales durante el año 2011 y la irrupción de la memoria histórica alrededor de la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, motivaron la realización de este trabajo. Nuevamente el esfuerzo consistió en intentar rescatar la «fiesta» que describió Moulian en su célebre ensayo, pero sin olvidar la dimensión de «drama» que los conflictos que desataron algunas de las medidas tomadas por la Unidad Popular. Un ejemplo es el artículo sobre las políticas educacionales del período, uno de cuyos proyectos generó enfrentamientos callejeros entre la oposición y el oficialismo pocos meses antes del golpe<sup>[32]</sup>. Otro es el referido a la ley de control de armas aprobado por la mayoría parlamentaria opositora a Allende, que se constituyó en un factor clave para preparar el camino al golpe de Estado. La acusación infundada de la prensa opositora, en el sentido que existían grandes arsenales de armas en manos de los partidarios del gobierno, fueron el preámbulo para la publicación del Plan Zeta después del golpe<sup>[33]</sup>. Por su parte, el volumen presentó tópicos novedosos sobre el período, ligados al papel de la televisión durante estos años o la masiva experiencia de los trabajos voluntarios<sup>[34]</sup>. Completan la

obra un novedoso texto interpretativo del proceso de la reforma agraria en estos años, realizado por María Angélica Illanes, una de las principales investigadoras sobre la historia del movimiento campesino chileno<sup>[35]</sup>. Por último, Mario Garcés propone ampliar las miradas sobre la Unidad Popular, descentrándola de lo «político-estatal» hacia otra «político-social». En el fondo, avanzar hacia una historia de la Unidad Popular más allá de las élites políticas y rescatar lo que se denomina la historicidad popular<sup>[36]</sup>.

Nos hemos detenido en estas obras por constituir ejemplos de cómo la historiografía chilena ha examinado los años de la Unidad Popular. Han estado presentes en esta labor el conflicto político, la reforma agraria, el movimiento popular (campesino, territorial, sindical), materias relativas a la cultura, las fuerzas armadas, entre otros tópicos. Algunos de estos mismos autores y autoras, han entregado obras monográficas fundamentales para explicar el papel de la derecha y el de los cordones industriales en estos años<sup>[37]</sup>. Asimismo, otros han publicado textos que salen del formato monográfico, intentando dar una panorámica global sobre todo el periodo<sup>[38]</sup>. Como ocurre en

32.- Luis Osandón y Fabián González, «La educación de masas durante la Unidad Popular: una nueva escuela para toda la comunidad», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

33.- Verónica Valdivia, «Chile: ¿Un país de excepción? La ley de control de armas y la máquina represiva puesta en marcha», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

34.- César Albornoz, «La experiencia televisiva en el tiempo de la Unidad Popular. La Caldera del Diablo» y Rolan-

do Álvarez, «Trabajos voluntarios: el 'Hombre nuevo' y la creación de una nueva cultura en el Chile de la Unidad Popular», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

35.- María Angélica Illanes y Flor Recabal, «Liberación y democracia en la tierra. Historia y memoria de la Reforma Agraria-Unidad Popular. Chile, 1971-2012», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

36.- Mario Garcés, «Los años de la Unidad Popular: cuando los pobladores recreaban las ciudades chilenas», en J. Pinto, *Cuando hicimos historia*.

37.- Nos referimos a los libros de Verónica Valdivia *Nacionales y gremialistas. El parto de la nueva derecha política chilena, 1964-1973*, Santiago, Lom Ediciones, 2008 y Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973. Mil días que estremecieron al mundo. Poder popular, cordones industriales y socialismo durante el gobierno de Salvador Allende*, Santiago, Lom Ediciones, 2016.

38.- Mario Garcés, *La Unidad Popular y la revolución en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 2020.



el quehacer historiográfico, se podrán o no compartir las hipótesis de tales o cuales autores, pero los trabajos que hemos mencionado son investigaciones ceñidas rigurosamente a las exigencias disciplinarias de la historia. El que sus autores sean empáticos con el proceso no nubla la razón de sus reflexiones. Y en base a pesquisas que constituyen programas de investigación de largo plazo, enfrentan el diálogo con la historiografía conservadora sobre el papel de las izquierdas, de las derechas, de las organizaciones sociales o el desarrollo de las políticas públicas durante esos agitados años.

En resumen, las investigaciones historiográficas sobre la Unidad Popular de las últimas décadas han realizado un aporte sustancial a su comprensión, y, en primer lugar, para desmontar la óptica unidimensional y satanizada del período, fomentada por la dictadura y sus partidarios durante décadas. Asimismo, la empatía hacia el proceso encabezado por Salvador Allende no ha impedido el desarrollo de investigaciones innovadoras sobre actores protagónicos del periodo, pero hasta hace poco no abordados. Un ejemplo reciente de esto es la publicación de una pesquisa sobre el papel de las organizaciones de clase media y sus entidades gremiales<sup>[39]</sup>. En todo caso, existe consenso que la historia de la Unidad Popular todavía ofrece flancos y aspectos sobre los que se puede y debe seguir profundizando, pero nada más lejos de la realidad afirmar, de manera descalificatoria, que lo avanzado hasta ahora responde a pura añoranza o nostalgia por épocas pretéritas<sup>[40]</sup>.

39.- Marcelo Casals, *Contrarrevolución, colaboracionismo y protesta. La clase media chilena y la dictadura militar*, Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2023.

40.- Un completo examen de las nuevas investigaciones y las posibles lagunas historiográficas sobre este período, en José del Pozo, Danny Monsálvez y Mario Valdés, «Los estudios sobre la Unidad Popular en Chile en el nuevo milenio. ¿Están en deuda los historiadores?», *Radical Americas*, Vol. 6, 1 (2021), pp. 1-30.

## La Unidad Popular y la mirada conservadora: ¿Algo nuevo bajo el sol?

La historiografía conservadora ha logrado evolucionar de los planteamientos más groseramente basados en falsedades y deformaciones históricas, generando trabajos de buena factura y que abren importantes debates historiográficos. El hito de la Unidad Popular, como lo hizo señeramente Gonzalo Vial Correa en el artículo citado más arriba, ha dado pie a interpretaciones de hunden sus raíces en la mediana y/o larga duración histórica.

Un caso representativo son los trabajos del historiador Joaquín Fernandois<sup>[41]</sup>. Su investigación sobre la Unidad Popular puede ser perfectamente considerada una historia de Chile en el siglo XIX y XX. En efecto, a través de varias hipótesis generales sobre el pasado del Chile republicano, arriba a su interpretación acerca del significado histórico del gobierno de Salvador Allende. Su planteamiento parte de la típica matriz historiográfica conservadora, que considera que el estado chileno constituye un «excepcionalismo» a nivel latinoamericano. Esta consideración arranca del supuesto de la existencia de un temprano orden institucional, el que, aunque con ripios, habría logrado conformar una institucionalidad acorde a los cánones de las democracias occidentales. De esta manera, cuando surgió la protesta social organizada (fines del siglo XIX y principios XX), las fuerzas revolucionarias de izquierda pudieron incorporarse al sistema político democrático. En este punto, es importante la hipótesis sobre cómo se define a la izquierda. Esta

41.- Nos referimos especialmente a su extenso libro *La revolución inconclusa. La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular*, Santiago, Centro de Estudios Públicos, 2013. También *La democracia chilena. Trayectoria de Sísifo*, Santiago, Ediciones Universidad Católica- Centro de Estudios Públicos, 2020.

habría sido revolucionaria, no reformista, razón por la cual siempre habría estado en contra del sistema democrático liberal. Es decir, en la óptica de Fernandois es fundamental entender de manera unidimensional tanto al marxismo (como ideología política) como a los partidos de izquierda chilenos. Estos, por lo tanto, siempre habrían sido una fuerza desestabilizadora del sistema democrático, que como ya dijimos, hundía sus raíces en el temprano siglo XIX y que se habría perfeccionado con el paso del tiempo. Por ello, la participación de las fuerzas de izquierda dentro del sistema democrático era solo instrumental; se señala que, dadas las características del sistema político chileno, simplemente no les quedaba otra alternativa. Pero detrás de esto, según el argumento de Fernandois, siempre estuvo presente la meta revolucionaria de la izquierda chilena, orientada a reproducir en el país el modelo de sociedad de los socialismos reales. Por este motivo, el título de su libro es *La revolución inconclusa*, en el sentido que la caída del gobierno de Salvador Allende habría impedido llegar a la meta final del proyecto izquierdista, a saber, una dictadura comunista equivalente al modelo soviético. Por último, para explicar el innegable arraigo social de la izquierda chilena, presente en el movimiento sindical, territorial, estudiantil, la cultura, etc., Fernandois apela a una conocida tesis estructural funcionalista. Según esta, durante el siglo XX chileno habría existido un desajuste entre el desarrollo político-institucional democrático, relativamente «avanzado», versus el estancado desarrollo económico, que generaba bolsones de pobreza. De acuerdo a esta perspectiva, la incapacidad sistémica de resolver esta problemática habría sido el caldo de cultivo en donde fermentaron los respaldos sociales de las izquierdas en Chile.

Los planteamientos realizados por Fer-

mandois merecen varias consideraciones, sobre todo porque a diferencia de los planteamientos más rústicos provenientes de la historiografía conservadora, su obra no introduce las burdas falacias provenientes del Plan Zeta. Por el contrario cita gran parte de la bibliografía académica sobre la UP y sus principales actores (partidos de izquierda, la derecha, las organizaciones sociales, etc.) Es más, integra parcialmente algunos planteamientos, así como se intenta rebatir de manera argumentada algunos de las hipótesis más importantes contrarias a sus perspectivas. No obstante, también es importante recalcar que detrás de una obra pulcra y bien elaborada, sus conclusiones sobre el proceso de la Unidad Popular son, básicamente, similares a las que plantearon los integrantes de la Junta Militar encabezadas por el general Pinochet durante la tarde del día martes 11 de septiembre de 1973: que el golpe de Estado de aquel día salvó a Chile de fuerzas que buscaban alterar el orden institucional chileno, las que pretendían instaurar un régimen de tipo dictatorial. Al terminar la lectura de la obra, queda claro que para el historiador conservador que la ruptura de la democracia en Chile fue responsabilidad de lo que se define como el proyecto revolucionario de la izquierda. En este plano, la obra presenta como un notorio déficit el hecho que el autor se limita a mencionar la bibliografía que ha examinado la trayectoria de la izquierda en el siglo XX, «pero sin hacerse cargo del debate académico existente»<sup>[42]</sup>. Esto lo conduce a una mirada tradicional de la izquierda y considerar su arraigo social como un efecto no deseado, generado solo gracias al estancamiento económico.

42.- Verónica Valdivia, «La revolución inconclusa: La izquierda chilena y el gobierno de la Unidad Popular, de Fernandois, J. Santiago: Centro de Estudios Públicos, 2013. 851 pp», en *Hispanic American Historical Review* (2015) 95 (2), pp. 373-374.

Las principales aristas de la obra que reseñamos más arriba han sido convincentemente rebatidas por la historiografía chilena. En este breve ensayo no pretendemos dar cuenta de todos los planteamientos, sino que mencionaremos algunos que ayudan a comprender, desde una perspectiva histórica de mediana y larga duración, el significado de la Unidad Popular. Respecto al siglo XIX chileno, numerosas investigaciones han resaltado el carácter represivo del Estado chileno. Lejos de ser descrito como un período de asentamiento de una institucionalidad inclusiva y progresivamente democrática, antiguas y nuevas investigaciones han descrito un escenario diametralmente opuesto<sup>[43]</sup>. Sobre el supuesto carácter integrador del sistema político chileno a comienzos del siglo XX, existe una obra fundamental que analizó las transformaciones de las formas de relación entre el Estado y la sociedad en este período. Ese proceso es descrito como un «orden estatal excluyente» en lo político, lo social, lo administrativo y lo cultural. Y que a pesar del proceso de inclusión producto de la protesta social que se produjo en las primeras décadas del siglo XX, el Estado chileno conservó en su quehacer las prácticas oligárquicas heredadas del siglo XIX. Por lo tanto, a lo largo del siglo XX chileno habría predominado una «lógica estatal excluyente», y no las supuestas bondades producto de la existencia de un sistema institucional democrático<sup>[44]</sup>. Por su parte, el bajo perfil que se asigna a la represión estatal contra el movimien-

to obrero de la época es desmentido por la numerosa producción que existe sobre este periodo. Esta ha documentado que no se trató de hechos aislados, y que las clases dominantes estuvieron lejos de conceder de manera consensuada mayores espacios institucionales y derechos sociales a los sectores subalternos<sup>[45]</sup>.

Un debate fundamental que implican los planteamientos conservadores sobre la Unidad Popular se refiere a las características del sistema democrático chileno durante el siglo XX. Una obra señera en este ámbito propone una mirada extensa en el tiempo para entender el golpe de Estado de 1973. Al contrario de la tesis partidaria del «excepcionalismo» histórico de la democracia chilena en el ámbito sudamericano, se establece que solo a fines de 1967 se puede hablar de la existencia de un régimen realmente democrático en Chile. Esto producto de la aprobación de las reformas legales que modificaron los principios liberales del derecho a la propiedad privada, a la promulgación de la sindicalización campesina y a las reformas políticas de 1969. Cruzando la mirada histórica con la politología, se concluye que las clases dominantes, al visualizar que el Estado y el régimen democrático no protegían sus intereses de clase, tal como había ocurrido hasta fines de la década de 1960, restaron su apoyo a la democracia. Esto explicaría los tempranos complots contra Salvador Allende, su posterior derrocamiento y la instauración de la dictadura pinochetista<sup>[46]</sup>.

43.- Por ejemplo, María Angélica Illanes, *Chile des-centrado. Formación socio-cultural republicana y transición capitalista (1810-1910)*, Santiago, Lom Ediciones, 2003 e Igor Goicovic, *Estado oligárquico y protesta popular en Chile (1810-1891)*, Santiago, Editorial América en Movimiento-Ediciones Universidad Cantabria, 2023.

44.- Enrique Fernández, *Estado y sociedad en Chile, 1891-1931. El estado excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad*, Santiago, Ediciones Lom, 2003.

45.- La represión como lógica sistemática para resolver los diferendos políticos en el siglo XIX y XX fue descrita en los volúmenes de Brian Loveman y Elizabeth Lira *Las suaves cenizas del olvido. Vía chilena de reconciliación política, 1814-1932*, Santiago, Lom Ediciones, 1999 y *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*, Santiago, Lom Ediciones, 2000.

46.- Juan Carlos Gómez, *La frontera de la democracia. El derecho de propiedad en Chile, 1925-1973*, Santiago, Lom Ediciones, 2004.

Siguiendo esta línea de análisis, se ha cuestionado que el proceso de democratización iniciado en la década de 1930 haya dado como producto un sistema democrático ejemplar. Por el contrario, dicho proceso habría levantado severos cuestionamientos entre los sectores dominantes. A través del examen del proceso de transición del modelo de dominación oligárquico al supuestamente «democrático» —producido entre las décadas de 1920 a 1940— se aprecia que se perfeccionaron los dispositivos de vigilancia sobre la población; además, tampoco se abandonó la represión física y también se crearon nuevas leyes represivas. Es por ello, se concluye, que el proceso de democratización chileno durante el siglo XX no fue un avance lineal, sino que estuvo marcado por la fuerte permanencia del legado anticomunista de la oligarquía y las fuerzas armadas<sup>[47]</sup>. Por su parte, el episodio de la apertura en 1948 de un campo de prisioneros políticos en el pequeño puerto de Pisagua, ubicado en el extremo norte del país, ha sido empleado para evaluar las severas restricciones democráticas existentes en Chile a mediados del siglo XX. Las corrientes anticomunistas, se plantea, tuvieron una deriva autoritaria que restringió durante esa etapa la existencia de libertades públicas y la existencia de un Estado garantista de derechos sociales y políticos. A contrapelo, la izquierda era la promotora de la democracia representativa, las libertades de asociación y de prensa y la existencia de un Estado democrático que garantizara derechos<sup>[48]</sup>.

En este estado del debate, parece mucho más plausible reconocer que desde media-

dos del siglo XX en Chile el concepto de democracia fue un concepto en disputa, lo que permite entender el conflicto político y social desde una perspectiva ampliada<sup>[49]</sup>. Esto evita la mirada unívoca de la tesis conservadora, cuyo argumento central en este debate radica en considerar que la única definición posible es la liberal. Por el contrario, la diversidad de significados y definiciones de la democracia habría incluido a los sectores de izquierda. En el caso del Partido Comunista de Chile, producto de su experiencia sometida a la represión, avanzó a planteamientos que lo apartaron de la ortodoxia marxista-leninista, incluyendo elementos de la democracia representativa. Esto ha sido considerado parte fundamental del proceso de elaboración colectiva que dio origen a la «vía chilena al socialismo»<sup>[50]</sup>.

La reflexión en la izquierda chilena sobre la relación entre democracia y el socialismo fue un proceso plagado de trabas y problemas. No ha sido solo Tomás Moulian quien ha reflexionado sobre eso. Un planteamiento ha resaltado el carácter contradictorio del proceso que dio origen a la Unidad Popular. Se ha propuesto que el meollo de la problemática de la Unidad Popular fue que su triunfo conjugó dos promesas complejas de conjugar. Por un lado, la transformación radical de la estructura y del orden social, en el sentido más tradicional de los cánones revolucio-

47.- Verónica Valdivia, *Subversión, coerción y consenso. Creando el Chile del siglo XX (1918-1938)*, Santiago, Lom Ediciones, 2017.

48.- Verónica Valdivia, *Pisagua, 1948. Anticomunismo y militarización en Chile*, Santiago, Lom Ediciones, 2021.

49.- Es el planteamiento de Marcelo Casals y Mariana Perry «De la democracia revolucionaria a la democracia posible: Trayectoria políticas y conceptuales en la izquierda marxista chilena, 1950-1990», *Historia*, 53 (enero-junio 2020), pp. 11-44.

50.- Camilo Fernández Carrozza, «El discurso del Partido Comunista de Chile sobre la democracia, 1956-1964», *Autoctonía Revista de Se Ciencias Sociales e Historia*, 2 (Julio-diciembre 2018), pp. 199-218 y Rolando Álvarez, *Forjando la vía chilena al socialismo. El Partido Comunista de Chile en la disputa por la democracia y los movimientos sociales (1931-1970)*, Santiago, Editorial América en Movimiento, 2020.





Funerales del Ex- Presidente de la República de Chile Salvador Allende, 4 de noviembre de 1990 (Foto: Luis Navarro Vega, fuente: Biblioteca Nacional Digital de Chile).

narios del marxismo. Por otro lado, que el proceso respetaría la continuidad del Estado de derecho y las libertades públicas que aseguraba el orden liberal chileno. De acuerdo a esto, el principal obstáculo que tuvo la izquierda para sistematizar teóricamente la «vía chilena al socialismo», radicó en la incapacidad para describir su praxis política de reformas sucesivas fuera de la imaginación revolucionaria que predominaba entre sus dirigentes y militantes. Era el temor «a transgredir el límite imaginario que separaba al marxismo revolucionario de la socialdemocracia»<sup>[51]</sup>. En la incipiente producción de Allende, de sus consejeros y algunos integrantes del Partido Comunis-

ta, hubo asomos de intentar sistematizar la reflexión teórica que implicaba un proceso, como el de la Unidad Popular, que pretendía fundir socialismo y democracia en un mismo momento histórico. Sin embargo, habría primado el menosprecio de las prácticas reformistas de la izquierda, que habían contribuido durante el siglo XX a incrementar los derechos sociales, políticos y económicos de los sectores más empobrecidos del país. Al imponerse el discurso reificado de los modelos revolucionarios internacionales, la izquierda chilena no logró, se señala, terminar de cristalizar de manera unitaria su propuesta de una vía democrática hacia el socialismo<sup>[52]</sup>.

51.- Alfredo Riquelme, «1970: Utopía revolucionaria», en Alessandro Guida et al, *De la utopía al estallido. Los últimos cincuenta años en la historia de Chile*, Santiago, Fondo de Cultura Económica-Univerta Di Napoli L'Orientale, 2022, p.24.

52.- Alfredo Riquelme, «Políticas de reformas e imaginación revolucionaria en el Chile constitucional (1933-1973)», en Marianne González y Eugenia Palieraki (comps.), *Revoluciones imaginadas. Itinerarios de la idea revolucionaria en América Latina contemporánea*, Santiago, Ril Editores,

Por último, reflejo que la historiografía conservadora ha sido reacia al intercambio historiográfico es la manera que el citado trabajo de Fernandois aborda la intervención de los Estados Unidos en el proceso chileno. Es paradójal que siendo autor de un texto que es referencia obligada sobre la inserción de Chile dentro de la política mundial<sup>[53]</sup>, dentro de un volumen compuesto por más de 800 páginas, despache solo en dos la intervención norteamericana en Chile. Y esto para decir que esta solo jugó un «papel menor» en la generación y conducción del golpe de Estado del martes 11 de septiembre. Esta afirmación se hace a pesar de que las toneladas de archivos desclasificados por el gobierno norteamericano demuestran la importancia que tuvo el intervencionismo de este país dentro de los mil días de la Unidad Popular<sup>[54]</sup>.

Gracias al inesperado espaldarazo del presidente Gabriel Boric, el referenciado ensayo de Daniel Mansuy sobre Salvador Allende y la izquierda chilena adquirió notoriedad como una obra supuestamente novedosa proveniente desde el mundo conservador. Su hipótesis está pensada sobre todo para intervenir en la contingencia política del presente. Desde su perspectiva, la izquierda chilena ha sido incapaz de superar el mito de Salvador Allende y realizar un ajuste de cuentas certero sobre las causas del fracaso de su gobierno. Durante la

primera etapa de la «renovación socialista» (especialmente la obra primera de Tomás Moulian), algunos intelectuales y partidos que fueron parte de la UP habrían logrado extraer las conclusiones correctas sobre esta. Esto habría permitido a este sector concretar el período de los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democrática, basados en una alianza con el centro representado por la Democracia Cristiana (1990-2010). Sin embargo, señala Mansuy, la posterior autocrítica hacia el moderado periodo concertacionista, provocó un retorno al supuesto mito allendista. Para decirlo de manera más directa, la izquierda chilena se habría vuelta sensata cuando se distanció de la herencia de la Unidad Popular y administró el modelo neoliberal impuesto por la dictadura. Pero cuando la antigua y nueva generación de izquierdistas se tornó crítica de esta etapa moderada, habría vuelto a caer en «el mito allendista». El retorno a Allende y renegar de la «renovación socialista», según Mansuy, simboliza la incapacidad de la izquierda chilena de generar un proyecto viable y democrático para Chile. En tanto todavía no se desprenden del legado fracasado de la UP, las fuerzas de izquierda no tendrían nada nuevo que ofrecer a la ciudadanía, sino un trasnochado proyecto fracasado. Por ello, la encrucijada que enfrentaría el presidente Gabriel Boric sería asumir este fracaso, para así comenzar un nuevo andar del sector que lidera. La ruptura con Allende y la UP sería el desafío pendiente de la izquierda chilena.

En tanto obra de ariete pensada para el debate político-contingente, en realidad no ofrece muchas novedades historiográficas. En efecto, si bien realiza una detallada reconstrucción del período basada en la literatura existente, no obstante, su matriz analítica no rompe con el tradicional corsé anticomunista del conservadurismo chileno. Una reseña realizada por un historiador

2003, pp.153-184.

53.- Joaquín Fernandois, *Mundo y fin de mundo. Chile en la política mundial, 1900-2004*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004.

54.- Un texto que analiza en detalle esta documentación, Luis Corvalán Marquéz, *La secreta obscenidad de la historia de Chile contemporáneo. Lo que dicen los documentos norteamericanos y otras fuentes documentales. 1962-1976*, Santiago, Ceibo Ediciones, 2012. Un texto que reevalúa de manera original el papel de los Estados Unidos durante los años de la Unidad Popular, Tanya Harmer, *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*, Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.

sintetiza esto en torno a tres puntos fundamentales<sup>[55]</sup>. Primero, al omitir las implicancias de la extensa trayectoria histórica de la izquierda chilena dentro de los márgenes institucionales y, además, la prolongada alianza del Partido Comunista con Salvador Allende, Mansuy reitera la mirada unívoca sobre la izquierda. Es decir, como antimocrática y como pura ortodoxia, con nula capacidad de adaptación a la realidad chilena. Una izquierda que era pura instrumentalización de la democracia, sin arraigo real en la sociedad e idiosincrasia democrática del país. En este caso, el texto simplemente omite la numerosa bibliografía existente al respecto. Por ello, mientras que Mansuy evalúa el triunfo de la Unidad Popular como una ruptura con el orden institucional, en miradas históricas de larga duración, ha sido considerado un punto de llegada de una larga apuesta por participar y profundizar el sistema democrático chileno<sup>[56]</sup>.

El segundo aspecto crítico señalado por Casals se refiere a la visión tradicional de la historia política, que no contempla el papel de los actores sociales. Como lo señala la historiadora Verónica Valdivia, esta visión es tributaria «de una definición de la izquierda como eminentemente partidista, ideológica, desalojada de su historicidad...y de esa revolución desde abajo que planteó el historiador Peter Winn»<sup>[57]</sup>. El desarrollo de lo que en esa época se denominó el poder popular fue expresión de un desborde po-

pular que, como señala Casals, representó un fenómeno sociopolítico que complicó la hoja de ruta de la administración allendista. Esta materia ha sido objeto de múltiples investigaciones por parte de especialistas nacionales y extranjeros, que ofrecen ópticas novedosas acerca del fenómeno de la radicalización del movimiento obrero chileno<sup>[58]</sup>. Sin embargo, las ópticas conservadoras no las contemplan en sus análisis, encerrándose en una mirada tradicionalista de la historia política, centrada en los «grandes personajes» (en este caso Allende) y los partidos políticos como únicos actores.

El tercer y último aspecto mencionado por Marcelo Casals que revela la matriz típicamente conservadora del ensayo de Mansuy, se vincula con la ausencia en el análisis del papel que tuvieron las fuerzas contrarrevolucionarias. Estas fueron fundamentales en la construcción del escenario cuesta arriba que enfrentó la Unidad Popular desde incluso antes de asumir el gobierno, momento en el que se produjo la intencional golpista que terminó con el asesinato del comandante en jefe del ejército, general René Schneider en octubre de 1970. En este sentido, «no puede dejarse de lado el enorme impacto que aquella masiva contrarrevolución tuvo en los manejos del gobierno y en la coalición»<sup>[59]</sup>. A esto debemos sumar la ausencia del mencionado factor de la intervención norteamericana, tal como lo hacen otros autores conservadores. En definitiva, pocas novedades historiográficas encontramos en el libro que fuera recomendado por el presidente Gabriel Boric. Efectivamente abandona el estilo hiperbólico de las versiones recalcitrantemente anticomunistas de algunas voces provenientes de la derecha chilena, pero todavía reproduce supuestos

55.- Marcelo Casals, «Puntos ciegos. Balance crítico de 'Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular' de Daniel Mansuy», en <https://www.ciperchile.cl/2023/07/28/puntos-ciegos-balance-critico-de-salvador-allende-la-izquierda-chilena-y-la-unidad-popular-de-daniel-mansuy/> (consulta: 22 de agosto de 2023).

56.- María Angélica Illanes, «En torno a la noción de proyecto popular en Chile», en Manuel Loyola y Sergio Grez (compiladores), *Los proyectos nacionales en el pensamiento político y social chileno del siglo XIX*, Santiago, Ediciones UCSH, 2002, pp. 95-106.

57.- Verónica Valdivia, «La revolución inconclusa», p. 374.

58.- Destaca especialmente el citado trabajo de Franck Gaudichaud, *Chile 1970-1973*.

59.- Marcelo Casals, «Puntos ciegos».

que una gruesa producción bibliográfica ha puesto en tela de juicio y, en buena medida, ha desmontado.

## Conclusiones

La conmemoración de los 50 años del golpe de Estado en Chile constituyó un ejemplo de aquellas fechas históricas que, a pesar de la distancia cronológica, persisten en actualizarse con inusitada vigencia. Las imágenes del bombardeo del palacio de La Moneda aquella mañana del martes 11 de septiembre de 1973 se convirtieron en el símbolo de un país cuyas pretéritas heridas están lejos de sanar. Tal vez la principal constatación que dejó este nuevo aniversario de la caída del experimento conocido como la «Vía Chilena al Socialismo», fue constatar que el avance de las posiciones conservadoras fueron caldo de cultivo para que asomaran las posturas negacionistas de la existencia de violación de los derechos humanos durante la dictadura y la justificación de la asonada golpista como mecanismo para resolver los diferendos políticos. Detrás de la palabra «inevitable», utilizada por dirigentes políticos y académicos conservadores para describir el drama desatado a partir del 11 de septiembre de 1973, estaba explícita la noción sobre lo «necesario» de los eventos que prosiguieron. Una parte de la derecha chilena logró sortear el emplazamiento sobre su posición ante la masiva violación a los derechos humanos cometidos durante la dictadura reconociendo su existencia. Pero eso no fue impedimento para valorar el carácter necesario del golpe de Estado producto —supuestamente— de la crisis que atravesaba el país. De esta forma se fraguó la estrategia de traspasar la responsabilidad de entregar explicaciones y exámenes autocríticos a los sectores de izquierda y a los integrantes del gobierno del presidente Boric. En este caso, el uso político del pasado por parte de la de-

recha radicó en intentar forzar a las actuales fuerzas de izquierda a renegar del legado de la Unidad Popular. Así, el mundo conservador, por cierto, que de una manera más sofisticada que antaño, reiteró su vocación anticomunista, expresada en su mirada satanizada y criminalizadora del gobierno de Salvador Allende. En rigor, la misma que ha sostenida desde las primeras horas después del golpe de 1973.

Por su parte, los debates historiográficos muestran una intensidad similar. El componente anticomunista que todavía inunda a los académicos pertenecientes al mundo conservador provoca que sus miradas historiográficas sobre la Unidad Popular repitan muchas de las muletillas que instauró la «versión oficial» en tiempos de la dictadura militar encabezada por el general Pinochet. Por su parte, especialmente desde principios del siglo XXI, numerosas investigaciones han apuntado a desmontar mitos sobre la historia de Chile, siempre ávida de considerarse una «excepción» a nivel continental. Esto ha permitido ampliar la comprensión histórica de la Unidad Popular, incorporando nuevas temáticas, actores y perspectivas de análisis. Esta labor ha sido la respuesta a las ópticas unidimensionales sobre el periodo que caracteriza a los analistas conservadores. En todo caso, si algo dejó en claro la conmemoración de los 50 años del golpe en Chile, es el peso hegemónico que tiene esta última visión en los medios. Pese a ello, el campo historiográfico sobre la Unidad Popular sigue ampliándose dentro y fuera de Chile. Nuevas líneas de investigación se abren, dejando en claro que la experiencia de la Unidad Popular continúa siendo una fuente permanente de debates disciplinares y políticos<sup>[60]</sup>.

60.— Ver por ejemplo el artículo de Marcos Morra; Eugenia Palieraki; Rafael Pedemonte, «La Unidad Popular chilena (1970-1973): balance historiográfico y nuevas perspectivas transnacionales», *Historia Crítica*, 90 (2023), pp. 3–28.